

Vigésimo Octavo Domingo del Tiempo Ordinario B2021

Las lecturas de este domingo hablan de la importancia de la sabiduría. Muestran que solo Dios da la verdadera sabiduría que lleva a tomar buenas decisiones en la vida. Nos invitan a anhelar la sabiduría divina para que caminemos en los caminos de Dios y lleguemos a nuestra salvación eterna.

La primera lectura describe la importante decisión que hizo Salomón en un momento crucial de su vida como Rey de Israel. Muestra cómo, en lugar de pedirle a Dios riquezas, salud y honor, oró para que se le diera prudencia y sabiduría mientras gobernaba al pueblo de Dios. También muestra que prefería la sabiduría al cetro y el trono, la prudencia al oro y la plata. Finalmente, el texto muestra que al hacerlo, Dios le dio todo lo que necesitaba más allá de sus propias expectativas.

Lo que este texto nos enseña es que los bienes materiales del mundo son transitorios y solo Dios es un valor eterno. Otra idea es la certeza de que la sabiduría divina conduce a buenas decisiones en la vida. La última idea se relaciona con el reconocimiento de que la sabiduría divina es más importante que el conocimiento y las riquezas humanas.

Este texto nos ayuda a comprender el punto del Evangelio de hoy en que Jesús presenta al hombre rico la difícil decisión de abandonar sus posesiones y seguirlo. En primer lugar, el Evangelio comienza mencionando el viaje de Jesús y la acción del hombre que preguntó por la salvación eterna. Luego, da la respuesta de Jesús quien le indicó al hombre el respeto de los mandamientos. También da la reacción del hombre que alegó haber observado los mandamientos desde su juventud.

Después de eso, el Evangelio habla de la exigencia de Jesús de que venda sus posesiones para seguirlo. Luego, da la reacción del hombre que se fue triste por su riqueza. Da también la reacción de Jesús a la actitud del hombre al decir que es difícil para el rico entrar en el Reino de los cielos.

El Evangelio termina con la pregunta de los discípulos a Jesús sobre su propio destino, ya que dejaron todo para seguirlo. Como última palabra, Jesús les aseguró la recompensa que les espera en la vida presente y en el futuro del reino de los cielos.

¿Qué aprendemos del evangelio de hoy? Hoy quiero hablar de la sabiduría para crecer en el conocimiento de Dios. ¿Qué quiero decir con esto? Permítanme explicarles con una observación. Toda nuestra vida es un largo proceso de desarrollo. Comienza desde nuestro nacimiento hasta nuestra muerte. A medida que crecemos, pasamos de la niñez a la edad adulta y la vejez.

Cada paso de este desarrollo va acompañado de una especie de cambio que podemos ver fácilmente en el aspecto físico del individuo. Lo que no nos damos cuenta, sin embargo, es que el aspecto físico es solo un polo al lado del cual hay una dimensión moral o espiritual. Por ejemplo, la forma en que considerábamos las cosas cuando éramos jóvenes no es la misma que hoy. Los valores que eran importantes para nosotros hace un par de años pueden no ser los mismos hoy. La forma en que creíamos hace 50 años no es la misma hoy, etc.

Desafortunadamente, puede suceder que el desarrollo del individuo sea unilateral; es decir, el desarrollo físico ocurre sin necesariamente la dimensión moral que lo acompaña. Si esto es el caso, existe una especie de desequilibrio psicológico o espiritual en el individuo y una discrepancia en la apreciación de los valores de las cosas de la vida. Esta insuficiencia se ilustra en las lecturas de hoy en el caso de Salomón y el hombre rico.

Salomón ha alcanzado una madurez equilibrada en la edad, en la que pudo distinguir lo que era importante para su vida en este momento y lo que era menos valioso. Lo que expresó en su oración a Dios fue que le dio más sabiduría que salud, riquezas, honores o victorias sobre sus enemigos. Sabía que, como era un joven que condujo la casa de Israel, no tenía experiencia en gobernar. Necesitaba la mayor sabiduría y juicio prudente.

El rico, sin embargo, no veía las cosas de la misma manera. Su comprensión de las cosas materiales interfirió con su relación con Dios. Cuando llegó el momento de tomar una decisión, optó por las riquezas que por Dios. No tuvo la sabiduría de comprender la temporalidad de las cosas materiales en comparación con las bendiciones eternas del Reino de los Cielos. La invitación de Jesús a vender sus riquezas no se trataba de vender en la bolsa de valores de Nueva York o de trasladar su capital a Suiza, sino de trasladarlo al cielo haciéndose amigo de los pobres. Como resultado, se fue, cegado, por así decirlo, por sus muchas riquezas.

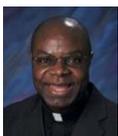
La observación de Jesús sobre la dificultad de un rico para entrar en el reino de Dios no significa que condene las riquezas o los bienes terrenales. La Biblia dice que algunos de sus amigos eran ricos. Tenemos el ejemplo de aquellas mujeres ricas que le proveían a él y a sus discípulos con su dinero (Lucas 8: 1-3); tenemos el caso del rico Zaqueo que, como recaudador de impuestos, era considerablemente rico. Incluso si en su conversión, dio la mitad de su dinero, todavía se quedó con la otra mitad de sus bienes para sí mismo. También tenemos el caso de José de Arimatea que entregó su tumba para el entierro de Jesús.

El problema de Jesús, de hecho, no se trata de las riquezas en sí mismas, sino más bien del apego exagerado al dinero y la propiedad, que hace que alguien dependa de estos y acumula riquezas solo para sí mismo (Lucas 12: 13-21). En este caso, el dinero se convierte en un anti-Dios porque crea una especie de mundo alternativo, cambia el objeto de las virtudes teologales. La fe, la esperanza y la caridad ya no se ponen en Dios, sino en el dinero. Volvemos a tener aquí una inversión de valores.

Si la Biblia dice: "Nada es imposible para Dios", o "Todo es posible para el que cree", el mundo, por el contrario, dice: "Todo es posible para el que tiene dinero". Con tal filosofía, la carrera por la codicia, el egoísmo, la competencia y la destrucción de los competidores, está abierta. Sin embargo, la verdad es que la felicidad y la vida eterna no se pueden comprar con dinero, sino que se nos pueden traer por la fe.

Necesitamos sabiduría personal hoy más que nunca. ¿Cómo vivimos espiritualmente, en un mundo quebrantado, en una nación dividida, en una Iglesia herida por el pecado? ¿Qué poseemos que debemos usar para los demás, hoy, aquí y ahora? ¿Qué debemos conservar y ahorrar para lo que Dios espera de nosotros en el futuro? Entonces, recemos por la Sabiduría. Oremos por la gracia de que nada nos aleje de lo que Jesús nos pide. Y que caminemos cada día con Aquel que es la Sabiduría misma. ¡Dios los bendiga a todos!

Sabiduría 7: 7-11; Hebreos 4: 12-13; Marcos 10: 17-30



Fecha de la Homilía: el 10 de Octubre, 2021

© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20211010homilia.pd